

En chancletas hacia el sur: el viaje de un alma venezolana

LEVIS ALEJANDRO FUENTES
GÓMEZ

(PRIMER LUGAR – SEGUNDO CICLO)¹

Salí de Venezuela con el corazón apretado, dejando atrás no solo mi tierra, sino también los abrazos, los olores, las voces que me vieron crecer. El hambre y la esperanza empacaron conmigo. Cruzar la frontera fue el primer paso, pero nunca imaginé el peso real de esa palabra: emigrar.

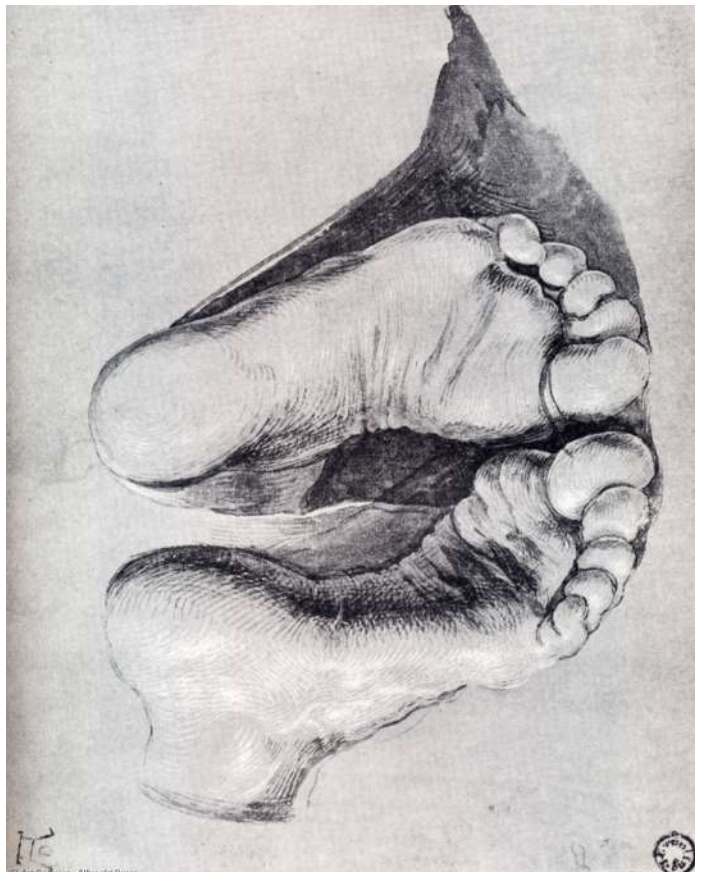
Apenas pisé Colombia, la vida me enseñó su primer zarpazo. Me robaron los zapatos. Así, sin más. Desde entonces, mis pies aprendieron el lenguaje del asfalto caliente y las piedras, porque seguí el viaje en chancletas, sin detenerme. Ya había empezado, y rendirse no era una opción.

En Ecuador, cuando parecía que el camino se calmaba, la noche nos abrazó con una sacudida brutal. El bus en el que viajábamos chocó de frente con un camión que venía en contravía. El chofer murió en el acto. Nosotros, milagrosamente, quedamos colgando del abismo. Un suspiro más y nos íbamos por el barranco. El silencio después del grito fue eterno.

Tuvimos que esperar casi dos días por los auxilios, con hambre, frío y miedo.

Llegamos a Perú, el país que menos me gustó. Todo era tierra seca, y parecía que hasta el aire pesaba. Seguimos avanzando entre paisajes que se repetían como si el mundo se hubiera quedado sin colores. Pero más adelante, un mar verde de matas de plátano nos dio un respiro: la naturaleza nos recordaba que aún había vida.

Casi llegando a Bolivia, cruzamos un lago montados en una canoa inestable que parecía hecha de suspiros. Luego vino un desierto inmenso, donde el sol parecía burlarse de nosotros desde lo alto. Allí nos subimos a una miniván boliviana, y por primera vez en mucho tiempo sentí un poco de paz. Bolivia me pareció hermosa, como un poema escondido entre montañas.



¹ Escuela Provincia de Chiloé D-45. Séptimo Básico.

Seis horas después, la van nos dejó en la frontera con Chile, pero no en una carretera... sino en un desierto. Nos abandonaron a cuatro horas a pie del camino. Caminamos sin agua, con los pies rotos y el alma empujando cada paso. Pero llegamos. Porque uno siempre llega, si no se rinde.

Un carro nos recogió y nos dejó en una ciudad desconocida. Dormimos donde pudimos, sobre cartones, abrazando la certeza de que estábamos más cerca. Al día siguiente, un bus nos llevó finalmente a Santiago de Chile. Al ver la ciudad, tan viva, tan diferente, tan lejana de donde empecé, entendí que no solo había cruzado fronteras: me había transformado.

Yo no soy solo un emigrante. Soy un sobreviviente, un soñador con chancletas, un guerrero con pies descalzos que atravesó países, climas, accidentes y desiertos buscando dignidad.

Y aquí estoy. Vivo. De pie.

**Imagen de este archivo: "Los pies", de Albert Dürero y "Zapatos", de Vincent Van Gogh.*

